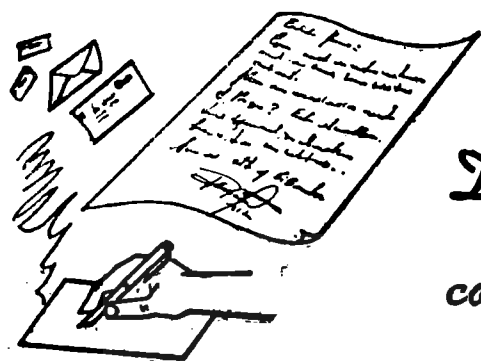




Dialogando con nuestros lectores

Cualidades de la mujer que deseamos sea nuestra esposa

Se nos ha preguntado que demos nuestro parecer a través del parecer de los muchachos sobre las cualidades que debe tener la novia y futura esposa.

Vamos, pues, a charlar sobre las jóvenes y decir algunas impresiones recibidas de los muchachos más inteligentes y veremos si son acertadas al tratar de elegir la "dama de sus pensamientos".

La primera condición que ponen todos es que sean:
Femeninas.

Ser **femenina** no es sólo llamarse Lulú o May, en vez de llamarse Juan Ramón o José Mario, ni llevar faldas en lugar de pantalones; porque éstos también los llevan ellas y por cierto bastante mal. Tampoco entendemos por femineidad el pintarse y acicalarse los labios, las uñas y la cara y tener una voz blanca distinta de los hombres.

La **femineidad** es una palabra bastante difícil de explicar. Nosotros mismos dedicamos en esta misma sección otro artículo a esta palabrita. Sucede con ella como con la palabra belleza, que todos sabemos lo que es y nadie, ni filósofos ni literatos, han sabido definirla exactamente.

La **femineidad** es la tarjeta de presentación de aquellas personas que no necesitan de tarjeta de presentación. Es algo indefinible que se descubre a primera vista: en un gesto, en una sonrisa, en cualquier cosa. ¿No os habéis fijado en el partido que saca una mujer con una sonrisa oportuna, con el balanceo acariciador del abanico o con una flor prendida en el pecho o en sus cabellos? Y he hablado de sonreírse. Porque los muchachos nos dicen que las muchachas de hoy no saben más que sonreírse y mostrar los dientes. Dicen ellos que ya no saben ni conversar.

La **femineidad** es belleza incluso cuando la mujer no es bella, porque como suele decirse: "sobre belleza no hay nada escrito", y a veces más que los ojos o el entendimiento, la descubre el corazón.

No nos gustan las chicas que parece que han hecho "un pacto de no agresión" con la **femineidad** y lo único que consiguen es no ser ni hombres ni mujeres. Cuando la mujer pierde su forma de ser femenina por querer conseguir derechos que dice le pertenecen, lo único que consigue es perder el principal derecho: el derecho a ser mujer.

Por eso, los jóvenes insisten en que las mujeres deben ser **femeninas**.

Delicadas.

La femineidad va acompañada de una verdadera corte de honor: la delicadeza, la abnegación, la dulzura, la ternura, la finura. Los hombres debemos también ser delicados, abnegados, dulces, tiernos y finos, pero a la manera de ser varonil, tan distinta y tan distante a la forma femenina.

De las virtudes de **abnegación** de la mujer, ya se ha hablado bastante. La mujer es campeona de sacrificios y así nos gusta a todos que siga siéndolo.

Sobre la **dulzura**, es muy difícil hablar con precisión. Porque esta palabra ya va desprestigiándose. Para unos parece significar algo "cursi", o dulzarrón o empalagoso. Sin embargo, hay que volver a esta palabra su verdadero valor. En el diccionario de la Real Academia Española, **dulcificar** se lee "volver una cosa dulce". Eso supone que no lo era antes. Ese es también el quehacer femenino: ponerle buen sabor a las cosas que no lo tienen: a una bronca de la casa, a unas palabras duras; en síntesis, poner **dulzura** donde había amargor.

De la delicadeza nace también la ternura. Esta palabra la entendemos todos, aun los hombres, que con los golpes de la vida tienden a hacerse demasiado duros. Hay que reconocer que todavía existen muchas mujeres con estas bellas cualidades, que son su mejor ornamento: tiernas, amables, blandas de corazón, compasivas con los sufrimientos de los otros.

Como broche de oro cierra estas dotes la **finura**. Cuando se dice de una mujer que es fina quiere hacerse notar que es educada; otras veces, primorosa; las más, que tiene un gusto exquisito. Y para hacer notar esta cualidad, no es necesario ir cargada de alhajas, ni de vestir ostentosamente. Se tiene **finura** o no se tiene, sencillamente.

Vestidas.

Y no hablamos de las que parece que van vendiendo su cuerpo a cualquier postor; sino de aquellas "niñas bien", y hasta de algunas señoras, que no parecen encontrarse a su gusto si no van mostrando algo de su físico que por pudor debería esconderse a las miradas extrañas. Y aquí entran las faldas cortas, las mangas "sin mangas", los vestidos ceñidos, el escote abierto y esos tules y puntos que a la verdad son verdaderos coladores.

El caso es no tener secretos para nadie. ¿Y no han caído en la cuenta esta gente, del mal que hacen en los hombres, al levantarles un torbellino de malos pensamientos y deseos con esas provocaciones?

Ya que hablamos de las chicas frescas, creemos francamente que son las menos. Las que más coraje nos dan, dicen los chicos; son esas niñas inocentes o tontas, que ni caen en la cuenta de lo indecentemente que visten; que a la mañana acuden a comulgar muy devotamente y a los pocos minutos se quitan la rebecca o el bolero y empiezan a repartir provocaciones a todos los que se fijan en ellas. No tenemos empacho en llamarlas tontas de capirote, ignorantes del mal que hacen, y, que les conste que hacen muchos estragos. Ellas serán o se creerán muy santitas, pero los chicos, al verlas en la calle, no opinan lo mismo y son las responsables en gran parte, de muchos de los pecados de los hombres.

En cierta ocasión una muchacha escribía de esta manera: "Yo creo que si los chicos, en vez de admirar, como muchos admiran, a esas chicas tan modernas, no lo hicieran, comprenderían ellas mismas que el ir así no vale la pena. Pongo, por ejemplo, dos chicas: una muy mona pero nada provocativa, ni con sus miradas ni con sus vestidos. Pasa un muchacho y lo más que le dice es **qué chica más mona**. Pero pasa otra muchacha, toda frivolidad, toda... etcétera... y no sólo la dice qué mona, sino que va detrás de ella". Luego, añadía la señorita corresponsal: "No sé si los chicos sabrán que a la mujer le halaga que se fijan en ella, y más cuando es para admirarla. La coquetería va innata en nosotras. Creo que si los chicos admirasen a la mujer femenina y elegante, esta frescura en el vestir se terminaría o, por lo menos, se corregiría..."

Estamos completamente de acuerdo con lo que dice esa señorita, de los piropos y la coquetería. La mujer no es "una tonta destinataria de piropos", como dijo alguien. Le gusta oírlos. Porque el piropo es como un obsequio dulce y delicado para todas las mujeres delicadas y dulces.

¿Y cuáles son las mujeres que tienen más arrastre para los hombres? ¿Las libres o las honestas? ¿Las guapas o las menos guapas? ¿Las ricas o las con menos fortuna? ¿Las tontas o las listas? Habría que distinguir un poco, porque una cosa es ganarse las simpatías por un rato y otra enamorarse de ellas para llevarlas al altar. ¿Qué pretenden esas descocadas? ¿Cazar novio?, o, más bien, trazarse un plan de diversión? Con esos planes mucho se divierten los chicos, pero ninguno de ellos se las queda. El triunfo final es de aquéllas que han sabido luchar con sus buenas cualidades y a vestido honesto.

Tampoco queremos decir, añaden los chicos, que nos gusta verlas enfundadas, como metidas en una especie de saco, quitando todo el encanto del contorno humano. Se puede ser muy piadosa y hasta pertenecer a la Asociación de las Hijas de María sin necesidad de ser anticuada en el vestido. Así que recomendamos a todas las señoritas de asociaciones piadosas que no desacrediten el gremio con una indumentaria pasada de moda o excesivamente rigurosa.

Limpias.

Limpias de cuerpo y alma, de ilusiones y de ambiciones, de palabras y de obras, de sonrisas y miradas; en una palabra, limpias en todo, sabiendo que la honestidad es una riqueza que no se vende ni se regala. Por des-

gracia vamos observando que cada día falta más esa limpieza en un porcentaje mayor de mujeres. Y no echamos toda la culpa a las costumbres modernas, a la libertad de entrar y salir, de paseos solos, en fin, al modo de ser de hoy de las chicas. Lo censurable es no usar bien de esa libertad, lo triste es pasarse de libre. Por eso no culpemos a los tiempos que corren sino al mal uso de las libertades que nos permiten.

Hemos dado a entender que los chicos gustan mucho de los "planes", pero con planes no se suele casar nadie. A la hora de pensarlo en serio los muchachos son muy exigentes, incluso los que no son muy limpios que digamos; pero siempre quieren a sus prometidas **limpias**. Y aquí cae bien el viejo proverbio de que "ellos pueden estar sucios, sin perder por ello su reputación moral, mientras que ellas..." Ellas con un pecado público ya han arrastrado su honra por el suelo, en tanto que ellos con muchos pecados de "lesa moralidad" viven tan campantes por el mero hecho de ser hombres. Yo entiendo que el caso debe ser igual por ambas partes.

Pero vamos a puntualizar la **limpieza** de ellas desde el punto de vista de la **limpieza** de ellos. El que tiene en su casa el tejado de vidrio no puede tirar piedras a la ajena.

Creemos francamente que un buen tanto por ciento de las chicas de hoy no son **limpias**: ni de palabras, ni de miradas, ni de vestidos ni de trato con los muchachos. Claro que no hablamos aquí de "pecados extremos", de esos que hacen perder a las chicas su reputación para toda la vida; nos referimos sólo a la imperdonable invitación constante a la suciedad.

Aconsejaríamos a las chicas más cautela en el trato con sus amigos, para no empequeñecer este trato y ensuciarse con manitas, palabras tontas y miradas de estrellas de cine. Porque la vida no es una película con un final siempre dichoso. Tiene sus sorpresas; por eso hay que estar atento a todas las desilusiones que inadyvertidamente se nos pueden presentar. De ahí que los muchachos insistan en que las niñas les gustan **limpias**, de corazón y de alma, y eso no puede conservarse sin inteligencia.

Listas.

Pensábamos haber dicho **inteligentes**, pero nos parece que la palabra **lista** dice mucho más y que significa mejor lo que los muchachos quieren de ellas en este punto. Es que las niñas de hoy suelen estar dormidas, atortoladas. Sí, parecen atontadas y con estas chicas, dicen los chicos, no se puede conversar, no se les puede echar un chiste, porque hay que explicárselo y ya sabeis, los chistes no se deben explicar. Cuentan de los ingleses que se ríen de los chistes media hora después de escuchados.

Nos referimos a las que sin ser negadas están **atontadas**. Parece que ni ven, ni oyen, ni entienden. Tienen sus ideas fijas al respecto de los muchachos: fulanito es muy simpático, por tanto hay que ir por él; el otro es un sosote, hay que darle calabazas. Esta manera de pensar no deja de ser muy simple, como las que así actúan. A estas chicas les esperan los mayores desengaños. Los muchachos pasan un buen rato con las guape-tonas, aunque sean tontas, porque eso "viste" mucho; pero se casan con las despiertas, aunque la naturaleza no las haya adornado de tantos encantos. Se atienen a aquello de la fábula "Tu cabeza es hermosa pero sin seso".

En resumen, las queremos listas —en frase de los chicos— porque una mujer lista sabe por dónde anda y sólo anda por donde sabe.

Sin cigarrera.

Este es un tema muy debatido en los tiempos modernos. El fumar es un vicio y como a nosotros no nos gustan las chicas viciosas, el tabaco no nos huele bien en ellas. No es que neguemos en absoluto que ellas también se puedan echar algún pitillo de vez en cuando. La mujer puede tener su encanto también con un abanico, con una flor o con un pitillo en la mano. Lo que no se puede tolerar, de ningún modo, porque no nos parece ni correcto, ni elegante, ni mucho menos femenino, es que ofrezcan o se adelanten al muchacho ofreciéndole el cigarro, para ellas acompañarle y no digamos nada de esas mujeres que van echando humo como verdaderas chimeneas. En una palabra, que la mujer fume por vicio.

Difíciles.

Aquel viejo refrán de que “Los hombres las prefieren rubias pero se casan con las morenas”, nosotros lo transformaríamos en este otro más serio: “Los hombres las prefieren fáciles, pero se casan con las difíciles”. Yo creo que es que a los muchachos les gustan las dificultades y si ven un volcán, tienden a escalarlo, en vez de irlo bordeando. De la misma manera, cuando ellas se les presentan fáciles piensan que no valen la pena o que quieren metérseles por los ojos. A ellos les toca la elección, quieren triunfar, luchando, como si se tratara de una de las mejores batallas de su vida.

En cuanto columbran que los quieren casar, se escapan, sin fijarse siquiera si la atrevida cazadora es o no agraciada.

Piadosas a la moderna.

Hemos dicho, a la moderna, porque no las quieren beatas, que pretenden llevarlos a todos los rezos. Piadosas, como Dios manda, pero Dios nunca manda ridiculeces. La piedad verdadera nunca será una sarta de padrenuestros que ojalá no sea una verdadera “pega”.

Afortunadamente ya este tipo de jóvenes de piedad ñoña va desapareciendo en nuestros días. La piedad actual, tanto en el hombre como en la mujer, tiene que ser de corazón y de cabeza y que sepa reaccionar bien en las ocasiones más aciagas y felices de la vida.

Me refieren los jóvenes que ahora ya se puede platicar con sus compañeras de temas religiosos, porque ya se van enterando de que no basta para ser bueno la fe del carbonero. Así que, las chicas nos gustan piadosas a la moderna.

Y aquí iba a poner punto y seguido porque quizá a los jóvenes se les ocurran otras cualidades que deben tener sus futuras esposas. Algunos son aún más exigentes, pero nosotros nos contentamos con lo dicho y por eso ponemos punto final.

(Nota: Nos hemos servido como de guía del folleto P P C de Juan Abarca Escobar).